

De la mano de Gerbasi por Canoabo

● ATANASIO ALEGRE

E

l viajero que por primera vez accede a Canoabo, si es lector de Vicente Gerbasi, comprenderá in-

mediatamente por qué el poeta utilizaba con tanta frecuencia la imagen del valle. "Una flauta sonando en lo hondo de un valle verde y fresco", escribe el poeta. El viajero suele tener, como el niño, frente a un paisaje desconocido una actitud que es la del desconcierto frente a lo no explorado. En Canoabo, lo no explorado queda constituido por el inmenso valle que sustenta al otro que sirve de andén al pueblo, cerrado en la línea del horizonte por la cremallera de los montes. De la frescura de ese valle llegan como acunados los ruidos de la naturaleza que transmutados en imagen y sonido, el poeta convirtió en material de alta combustión para componer el poema **Mi padre, el inmigrante**, el cual forma parte ya del repertorio universal de la poesía.

Al mediodía, cuando el pueblo entra en su fase de mayor luminosidad, el hombre que coordina la reunión que nos ha traído hasta aquí, pide que nos traslademos a pie hasta la casa donde almorzaremos. La casa es casa de hijas a las que la madre tiene encomendadas las tareas domésticas. Deben ser cuatro en total y han dispuesto los alimentos flanqueados en la mesa por seis jarras de jugos de frutas que, dada la vistosidad de su colorido pareciera una irreverencia irlas mermando en su contenido, por la desmembración de este elemental paisaje interior.

Mientras esto ocurre, es decir, mientras los comensales comienzan a dar cuenta de los alimentos, en la oficina de la Prefectura, la mujer que es cabeza visible de la autoridad en

el pueblo, da los últimos toques en la vieja *underwood* a las palabras de salutación que ha de dirigir a los forasteros. No las leerá como preámbulo, sino como epílogo. Es una mujer de piel morena y ojos bondadosos, de mansas y civilizadas maneras como las de los venezolanos de antes. Sabe lo que trae entre manos. Lo sabe incluso cuando tiene que practicar alguno de esos "arresticos" por setenta y dos horas de encierro a quienes han protagonizado una pelea, con destrozos, en un bar. Pero la vida aquí es tranquila -sigue contando-, todos nos conocemos y en cierto modo estos ocho mil habitantes constituyen en igualdad de condiciones una gran familia. Nadie destaca por la riqueza, ni por el caciquismo. Las gentes de aquí hacen sus vidas en el campo o en las polleras que están abajo en el valle o viven de los suelditos que el núcleo universitario provee a empleados y profesores que cumplen su misión como tales en el pequeño recinto universitario.

Para quien vaya de paso por un lugar como éste, la sorpresa constituye el hecho de encontrarse de buenas a primeras, sin otras intermediaciones, con la Venezuela auténtica en la que no han cambiado ni la gente ni el paisaje. Paisaje que registra en Canoabo toda la gama de los verdes en las siembras del valle y que cuando la brisa de las cuatro es más insistente convierte a los maizales en un suave mar en el que el viento juega a golondrinas con los cabellos de las mazorcas en trance de emprender el vuelo de una finca a la otra. ¡Profundo el valle, sencilla la gente, fresca la brisa que aparece con la puntualidad con la que un día llegó el inmigrante para criar al hijo que en buena poesía dejaría constancia para siempre del lugar y del padre en las raíces de este valle verde y fresco donde, en cualquier momento, podría comenzar a sonar la flauta que se mienta en el verso!